**La exigencia de comunicarse: ¿Auto-violencia y violencia social?**

Otton Teixeira da Silveira Filho

Miembro Asociado al Círculo Psicoanalítico de Rio de Janeiro

**Resumen.**

La palabra se encuentra actualmente en una posición extraña. Ha sido en parte destituida por las imágenes usadas en mensajes casi telegráficos. Tanto las imágenes como los mensajes se distinguen por una supuesta forma de comunicación directa, sintética y autoexplicativa, aunque frecuentemente carente de reflexión, sin elaboración, en un ambiente de múltiples pantallas: computadoras, TVs, smart TVs, tablets, smartfones; pantallas casi omnipresentes como las *telepantallas* que el personaje Winston nos describe en 1984 de George Orwell. La presión y el deseo de hablar, ser leído, ser visto, ser oído, ser comentado, comunicarse en el *espacio colectivo diluido* de las redes sociales, se extiende cada vez más en diluidas posverdades y autoverdades. ¿Cómo atender a estas presiones de la contemporaneidad, frente a la necesidad humana de no comunicarse, como defiende Winnicott? ¿Podemos vincular esta forma de autoviolencia con la creciente intolerancia en la sociedad, tanto en lo social como en lo político? ¿Hasta qué punto estas relaciones dentro de las redes sociales no nos exigen repensar la Psicología de Masas de Freud? Este artículo propone una discusión inicial acerca de este tema, que es por demás vasto.

Palabras-clave: Violencia, comunicación- no comunicación, Winnicott, redes sociales.

 El diálogo excede a las palabras. Participan gestos, expresiones faciales, entonaciones, interjecciones, modulaciones que enriquecen a las palabras. Esta forma de comunicación parce ser la más común, una comunicación interactiva y sincrónica en principio, donde los participantes se disponen a oír y a hablar, aunque esté siempre presente la posibilidad de que existan malentendidos, producto de la polisemia, la homonimia y factores de naturaleza subjetiva; algunos de estos “malentendidos” son, como sabemos, de potencial terapéutico. Hablaremos de esta forma de comunicación apoyándonos en una de las observaciones de Freud, el *fort dá*. Desde el punto de vista de una única persona, tenemos la emisión de un mensaje y la espera eventual de una respuesta. Lo que hace más compleja la comunicación es que con dos personas tendremos un *fort dá* interactivo, intersubjetivo y sincrónico: la emisión de un mensaje exige una respuesta, que se constituye, a su vez, en un mensaje, a un determinado ritmo que se va construyendo. No podemos hablar de comunicación como un mero intercambio de información, ya que esta información debe ser transmitida en el tiempo y la forma convenientes para que se produzca la comunicación. La interactividad de la información es continua, hasta que los participantes decidan concluirla, ya sea por decisión o por limitaciones personales, por alguna limitación del ambiente, incluyendo situaciones que escapan al control de quien quiere comunicarse (fallas en el servicio postal, sistema telefónico, Internet, etc.), fallas intencionales cuando se rechaza continuar con la comunicación.

 Discutiremos de forma no sistemática sobre la diferencia entre lo que aquí denominaremos *información bruta* y comunicación en el sentido en aludido más arriba, como un *fort dá* complejo. Caracterizaremos la información bruta como un dato desprovisto de personalidad. Un trueno es una información bruta que puede sugerir la aproximación de lluvias, así como un brillo en medio de una noche oscura puede indicar fuego. No se espera una respuesta, no hay posibilidad de interlocución. De una información bruta podemos inferir correlaciones que se obtienen a través de la experiencia, pudiendo tener o no algo de causa y efecto, después de todo esa información también carga con el potencial del malentendido. La información bruta es un dato, pero genera expectativas[[1]](#footnote-2). Sea como sea, en la recepción de la información bruta o en la comunicación, se producen efectos en nuestra subjetividad, que pueden generar ansiedad y angustia.

 Observemos que, por ejemplo, el teléfono es, *a priori*, sincrónico e interactivo. Existe entre dos personas una interacción al comunicarse y un código común mediante el cual se establece la comunicación. Hasta hace pocas décadas atrás, una llamada telefónica no contestada no mantenía ningún un registro de haberse producido. No se generaba ansiedad o angustia, a no ser que la llamada hubiese sido acordada o pactada previamente en un encuentro personal o en una llamada anterior. La llamada no contestada solo era reconocida como tal, luego de una llamada atendida posteriormente o de un encuentro personal, ambos sincrónicos e interactivos. No obstante, aparecieron los contestadores automáticos, los registros de llamada para llamadas inconclusas, que marcan el quiebre en la sincronicidad potencial de la comunicación telefónica. No hay duda de que el registro de la no comunicación puede generar ansiedad y angustia. Un fenómeno interesante, que posiblemente conozca quien lee estas palabras, empezó a darse hace pocas décadas. Recibíamos una llamada telefónica de alguien que nos había enviado un e-mail preguntándonos si habíamos leído el e-mail y hasta contándonos su contenido. Un e-mail es una comunicación interactiva asincrónica y el hecho de no darse cuenta/no saber que el e-mail no es sincrónico, sumado a la ansiedad por la respuesta, generaba más ansiedad. De todas formas, es natural que se esperara una respuesta al e-mail, del mismo modo que ocurre con la carta.

 Sin embargo, hay situaciones que son potencialmente más graves en términos colectivos, como la divulgación de chismes, rumores, o como ocurre en este momento con las llamadas *fakenew*s, en que no se encuentra la fuente de la información, e incluso, no interesa que pueda encontrarse, ya sea por parte del emisor como del receptor de la información. Amós Oz nos dice que *“El chisme es un hijo de la curiosidad. Pero al chisme ama los clichés, le encanta reproducir nuestros prejuicios y darnos la seguridad de que todo y todos continúan igual”*. Amóz Oz habla de esto en uno de sus textos sobre el fanatismo (Oz, 2016). De esta forma, introduzco el supuesto de que en la nueva escala de transmisión/recepción de la información hay elementos que se acercan al fanatismo, como discutiremos en seguida.

 ¿Pero cómo se explica que esta maraña de informaciones del chisme/rumor se instaure en los nuevos medios? ¿En qué bases psíquicas se apoyan? Tal vez sea necesario un estudio más profundo del psicoanálisis del chisme, cosa que no haremos ahora. Aquí presentaremos una mirada sobre la evolución de los procesos de percepción de la información hasta que se establece la comunicación entre personas que se ven como personas completas. Partiremos de la lectura del proceso de maduración de Winnicott. Desde el punto de vista winiccottiano, un bebé no surge en la reciprocidad, además es difícil hablar de sincronicidad o interactividad en estos primeros momentos. La madre suficientemente buena entra en sintonía con su bebé, percibe y atiende sus demandas a medida que van surgiendo, pero solo puede especular sobre el bebé. Quizá, al inicio, lo que llamamos tiempo y espacio no existan como tal para el bebé. El tiempo (el paso del tiempo, ritmos, ciclos), el espacio (la separabilidad) todavía están por construirse junto al yo. Winnicott especula que en el momento inicial el bebé no distingue los sucesos del ambiente, como ruidos fuertes (como truenos) de los “ruidos” internos de su yo en construcción. “Dentro y fuera”, “antes, ahora y después” están construyendo su sentido. Un ruido, un dolor, una satisfacción, surgen y son percibidos como creaciones del el bebé, incluyendo aquí los cuidados de la madre. Es la experiencia de omnipotencia. En este momento inicial, el tiempo se va introduciendo a través de los ciclos de amamantamiento, los cuidados de higiene, la alternación de las luces, etc. El espacio se va introduciendo a través de la progresiva percepción de la madre como otro ser, un no-yo. Poco a poco, si el maternaje es lo suficientemente bueno, se va dando un intercambio de informaciones entre la madre y el bebé, que se vuelve cada vez más sofisticado. Aparecen los gestos, las expresiones faciales y, como un trabajo de toda la vida, el lenguaje, sus matices y modulaciones. La experiencia de omnipotencia deja sus “residuos” en la creatividad. Así como también las primeras impresiones de indefinición dentro/fuera, unidad/parcialidad, dejan sus residuos en momentos de saludable no integración. Los ritmos del día, de la vida, etc. se presentan como una fuente de seguridad, y las relaciones entre personas completas se establecen poco a poco, así como la potencia de reciprocidad en las relaciones. Pero también habrá fallas. Estas generarán otros residuos, que al igual que las descriptas anteriormente, afectarán la vida de todos nosotros.

 Hay una progresión en la percepción. Inicialmente no hay información. Lo que hay es una sensación difusa, el bebé reacciona por reflejos. Tal vez la primera información sea la información bruta que no es comunicación. Está el ambiente pero no se percibe que este está constituido por otros seres. La información se hace presente en el momento en que surge la percepción dentro/fuera y del inicio/fin de la información, de otro sujeto, ritmo. Vamos a suponer que en algún momento se inicie la comunicación. Nos focalizaremos en lo que surge de la interacción bebé-ambiente y que tiene una base cultural. Hagámonos la siguiente pregunta: ¿Quiénes son los “sujetos” de la comunicación?

 Vamos a tratar la cuestión del sujeto-en-comunicación a partir de la paradoja. Entendemos una situación paradójica como aquella que sustenta los elementos que integran la paradoja. Winnicott emplea este punto de vista al discutir, por ejemplo, su concepto de objeto transicional, un elemento importante en la comunicación. Winnicott (Winnicott, 1975a) afirma:

Mi contribución consiste en pedir que la paradoja sea aceptada, tolerada y respetada, y que no se resuelva. Es posible resolverla mediante la fuga hacia el funcionamiento intelectual dividido, pero el precio será la pérdida del valor de la paradoja misma.

 El objeto transicional es un referente o marco que señala la existencia de un área intermediaria de ilusión que hace posible la separación progresiva entre el mundo de los objetos y el *self*. Paradójicamente separa y une:

El objeto transicional demarca la existencia de una tercer área, un espacio potencial entre el bebé y la madre, entre el objeto subjetivo y el objeto objetivamente percibido, que tanto une como separa al bebé y a la madre y que **puede llegar a ser el agujero vacío de la separación, si no se llena creativamente por la imaginación del bebé, el juego creativo, la simbolización, la cultura, la apreciación artística, la poesía, la filosofía y el sentimiento religioso**. (Las cursivas son mías)

El objeto transicional se vincula al surgimiento de las primeras experiencias no-yo, está volcado al proceso de integración y su destino es ser progresivamente destituido, hasta llegar a ser abandonado. En el momento en que el sujeto alcanza la potencia de este abandono, hay un espacio potencial suficientemente amplio y activo. Frente a los sujetos se abre un espacio potencial que separa y une, es decir, que permite la comunicación. La comunicación actúa como un referente que marca la separación y la unión, la constitución del objeto transicional marca esta potencia de comunicarse y su abandono en la consolidación.

¿Cuáles son las consecuencias si hay fallas en el proceso de maduración? Destaquemos nuevamente que siempre existirán fallas. Por lo tanto, la discusión que sigue no será sobre el grado de gravedad de la falla, sino sobre las fallas en la constitución del objeto transición, de manera genérica. Si suceden situaciones intolerables, en lugar de tener un objeto que marca la separación-que-une, tendríamos un objeto marcando un sentimiento de pérdida, usado no para la integración sino para juntar/atar elementos que se juzga corren peligro de fragmentarse, la fragmentación del yo. Este objeto se vuelve testigo de un gran sufrimiento. Recordemos que el objeto transicional no es un objeto exclusivamente interno ni externo, pero sí es usado como apoyo, para aumentar la tolerancia a las ausencias de la madre, por ejemplo. Ilustremos este punto con un caso clínico de Winnicott (Winnicott,1983a), (Winnicott,1975b), en el que nos presenta a un niño que llegó a él a raíz de bruscos cambios de humor y que había sido apartado de su madre (de naturaleza depresiva) por periodos relativamente largos. Jugando a dibujar, Winnicott nota la aparición sistemática de cintas, látigos, cuerdas de yo-yo, etc. Los padres le confirmaron que el niño estaba obsesionado con las cuerdas que usaba para atar mesas, sillas, lo que fuese. Winnicott le transmitió a los padres que el niño enfrentaba un rechazo a la separación y que la cuerda era una forma de negar ese temor, *“como se podría negar la separación de un amigo mediante el uso del teléfono”[[2]](#footnote-3)*. Se realizó el acompañamiento del caso durante algunos años, y se fue haciendo más nítida la identificación materna y la hipótesis de Winnicott acerca de que *“la preocupación por las cuerdas podría desarrollarse hacia una perversión”*.

A partir de este caso trazamos un paralelismo entre el uso de una cuerda y el uso del *fort-dá*, cuerda y bobina. Winnicott señala que la cuerda en el caso presentado representa un indicio de un *“comienzo del sentimiento de inseguridad y de la idea de falta de comunicación”*, o sea, un *fort* sin *dá*, como negación de una separación, algo que existe en sí mismo y necesita ser controlado. De una señal de esperanza, de intento de comunicación, la cuerda se transforma en negación de la separación, es decir, de la imposibilidad de comunicación.

En el proceso de maduración, como ya hemos insistido, siempre habrá fallas. En nuestras vidas utilizamos los recursos que tenemos a disposición cuando nos encontramos frente una perturbación demasiado intensa para poder soportarla. Dependiendo de la intensidad, nos encontraremos con una defensa neurótica, la activación de núcleos psicóticos incluso en neuróticos, así como también reacciones psicosomáticas, que se direccionan hacia situaciones más primitivas y las defensas correspondientes. Estamos hablando aquí de comunicación, mientras vivimos una creciente dificultad de comunicarnos en medio de informaciones masivas, casi ininterrumpidas. La información es, como dijimos, un elemento de la comunicación. Además de información, tiene que haber ritmo, espera, un *fort* y un *dá*. Observemos que existen en este punto dos presiones interconectadas: la ansiedad personal y la ansiedad social. Como se mencionó antes, quien emite un mensaje espera una respuesta. Observemos que esta intensificación en el número de mensajes se ve exacerbada tanto por creencias personales como por creencias promovidas socialmente. Nos encontramos, entre otras cosas, con la promesa de la instantaneidad. Quien sabe cómo funciona Internet sabe que esta promesa no es real, pero esta sensación de instantaneidad se produce gracias a nuestra percepción temporal, vinculada a la duración de los fenómenos naturales que nos rodean y modelan nuestra percepción durante la existencia de nuestra especia. Nuestra biología aparece frente a nuestra subjetividad y nuestra capacidad de transformar el entorno. El volumen de mensajes creció vertiginosamente, y condujo a la creación de plataformas de comunicación caracterizadas por la transmisión en pocas palabras, quizá un síntoma que evidencia un límite. Se vacían los contenidos, se amplía el número de informaciones. La palabra escrita ya no basta, se incorporan elementos gráficos a partir de los emoticones. Vamos en la dirección de las imágenes. Las pantallas que eran medios a través de los que se leían mensajes, como sustitución del papel, amplían sus funciones. De las televisiones unilaterales se pasa progresivamente a las pantallas bilaterales, con la instalación de cámaras en las computadoras tradicionales hasta llegar a las computadoras que son llamados de manera insistente *smartfones*. El tiempo, que ya venía siendo perturbado en cuanto a la percepción de su duración, con la introducción de las máquinas tan portátiles genera confusión en relación al espacio. “Dónde estoy” y “Con quién estoy” pueden publicarse en el momento en que sucede. La tendencia a la instantaneidad pasa a ser una denuncia de las dificultades para comunicarse, ya que niega los ritmos/ciclos necesarios de la comunicación y no solo genera ansiedad y angustia, sino que niega la existencia del otro como un ser diferente. Se hicieron famosas algunas situaciones en las que las publicaciones en las redes sociales expusieron a personas en diferentes situaciones, como la de un asaltante que publicó lo que había robado y fue encontrado pocas horas después gracias a esa publicación. ¿Qué pensó esta persona al publicar algo de esa naturaleza en una red social mundial? ¿Creyó que todos los que lo vieran iban a estar de acuerdo con lo que hizo? Todos deseamos ser reconocidos por nuestros actos en el mundo, que nos reconozcan como personas, como ciudadanos o por el fruto de nuestro trabajo. No obstante, el reconocimiento puede llegar, para algunos de nosotros, a través de solicitudes sociales/grupales, en una escala que nos expone más allá de nuestra potencia manifiesta. Extrañamente y a diferencia de 1984 (Orwell, 2009), las telepantallas de hoy no son pantallas en que las personas son expuestas de forma secreta. Hoy las personas se exponen y algunas de ellas parece que no encuentran otra solución que exponerse o exponer a alguien más. Lo que sobrevive de 1984 es la denuncia y la autodenuncia. La ansiedad colectiva/colectivizadora entra en un círculo vicioso con la ansiedad individual/aislante. Una acción personal se vincula, de manera inseparable, a un fenómeno de masas. Surgieron los seguidores de quienes publicaban un mensaje. Si antes había ansiedad por la respuesta al mensaje transmitido, luego apareció una audiencia ansiosa buscando mensajes de aquellos a los que sigue. Era suficiente con un mensaje, con saber cómo estaba o se encontraba la persona seguida. Vimos cómo la información bruta pueda embrutecer a quien la recibe. ¿Hasta qué punto este volumen de información no es recibida como información bruta? ¿Hasta qué punto el seguidor no pasa a ser un perseguidor?

Winnicott observa que así como cada uno de nosotros desea comunicarse, desea también estar sin comunicarse (Winnicott, 1983b) y describe dos puntos de la no-comunicación, la no-comunicación simple y la no-comunicación activa o reactiva. La no-comunicación simple va de la comunicación hacia a no-comunicación, como en el reposo. La no-comunicación activa o reactiva la trabajaremos, como Winnicott, asociada a los aspectos patológicos. En la condición patológica existe una falla en el entorno facilitador que generó una división (*split*). En esta situación, parte del psiquismo hace que la comunicación con los objetos ocurra sin la participación del verdadero *self*. De esta forma, aunque pueda parecer comunicación en un sentido fenomenológico, no lo es porque se da entre el falso *self* y el objeto. Winnicott defiende que:

 “A pesar de que las personas normales se comunican y aprecian comunicarse, otro hecho es igualmente cierto: cada individuo está aislado, en permanente incomunicación, permanentemente desconocido, en realidad no descubierto. Viviendo la vida, este hecho duro se ameniza al compartir aquello que pertenece a toda una gama de la experiencia cultural. En el centro de cada persona hay un elemento no-comunicable, y esto es sagrado y merece que sea preservado.”

 El verdadero *self* no se comunica, pero se nutre de la comunicación, y puede verse afectado por anomalías en la comunicación. De esta forma, tendremos procesos traumáticos generados por amenazas al verdadero *self*, como una comunicación forzada, induciendo defensas primitivas.

 Vamos a suponer que, sometido a este torrente de informaciones, el sujeto pueda reactivamente pasar de víctima a generador de información bruta caracterizada por la impersonalidad. Esta información tiene el efecto de destruir virtualmente los elementos de la personalidad del sujeto atacado, y no es raro que también destruya sus vínculos sociales. Dicho de otra forma, alguien puede estar sujeto de tal forma a la información que proyecte su desubjetivación en desubjetivación del otro, como un chivo expiatorio de toda su opresión. Nos encontramos aquí con un sujeto diluido, alguien muy cercano al fanático, si consideramos el punto de vista de Amós Oz. La afirmación de sus actos se justifica por la propia acción y las consecuencias de estos actos se perciben como “naturales”, como el trueno que anuncia una tempestad. Volvemos a ser un clan en un ambiente amenazante, un bebé sin compasión (*ruthless*) reconociendo un ambiente perturbador sin nadie que lo acoja, y adherimos a nuestras fallas de maduración; nos perdemos.

 El mito del control de la naturaleza, de colocarla “al servicio del ser humano” es parte de la cultura occidental y tiene consecuencias ecológicas y políticas devastadoras. Algunos defienden marcos regulatorios o incluso de intervención en el flujo de Internet, dadas estas anomalías en la comunicación. Tal vez, parte de los que piden a gritos el control de Internet tengan la ilusión de colocar Internet “al servicio del ser humano”, provocando, quizás, otro tipo de devastación. Los marcos regulatorios ecológicos son todavía asuntos polémicos y su discusión está llena de tensiones, no podemos esperar otra cosa de esta naturaleza creada por Internet. Creador/criatura, sujeto/objeto, individuo/colectivo se confunden densamente presentándonos desafíos que apenas comprendemos. La afirmación de la incapacidad en la comprensión es, quizá, nuestra guía más confiable.

**Referencias.**

Orwell, George (2009) – 1984, Brasil: Companhia das Letras

Oz, Amós, (2016) – Como Curar um Fanático, Brasil: Companhia das Letras, p. 13

Winnicott, Donald (1975a) – Introdução de O Brincar e a Realidade, Brasil: Imago

Winnicott, Donald (1983a) – Cordão: Uma Técnica de Comunicação, O Ambiente e os Processos de Maturação, Porto Alegre, Brasil: Artmed, pp. 140-144

Winnicott, Donald (1975b) – Objetos Transicionais e Fenômenos Transicionais, p. 31, O Brincar e a Realidade, Brasil: Imago

Winnicott, Donald (1983b) – Comunicação e Falta de Comunicação Levando ao Estudo de Certos Opostos, O Ambiente e os Processos de Maturação, Porto Alegre, Brasil: Artmed, pp. 163-174

1. Quizá puedan encuadrarse aquí los anunciados de supuestas entidades incuestionables, como la iglesia y el estado, por ejemplo. [↑](#footnote-ref-2)
2. Internet con sus múltiples programas/aplicaciones realza lo mismo: Lo que podría ser un medio de comunicación se puede transformar en negación de separación. [↑](#footnote-ref-3)